

LECTURAS RECOBRADAS

«Camilo»

por

MARÍA TERESA CRISTINA

Dos años después de la publicación de *María*, Isaacs ya está pensando en una nueva novela: así lo atestiguan una noticia aparecida en *El Valle* de Cúcuta y su correspondencia de este año con Miguel Antonio Caro donde manifiesta la intención de publicar junto con la reedición de la novela un segundo tomo que deberá contener ya sea sus poemas y sus dramas inéditos o una novela titulada *Camilo* que, considera, no será inferior a la primera. Si en *María* la realidad histórica contemporánea queda deliberadamente marginada, a pesar de que la acción puede ubicarse hacia los años 1848-1850, en la nueva creación el autor se aventura de lleno en el campo de la novela histórica, iniciada por el romanticismo.

Aunque este segundo tomo nunca apareció, la idea de esta obra sigue acompañando a Isaacs hasta los últimos años de su errante y agitada existencia. En 1893, en Ibagué, ya alejado definitivamente y desilusionado de la actividad política, renace en él el deseo de darle término a *Camilo*. Retocando el primitivo plan, la obra se convierte en dos libros y luego en una ambiciosa trilogía sobre la historia del Gran Cauca desde las guerras de Independencia hasta 1854, formada por las novelas *Fania*, *Alma negra (Camilo)* y *Soledad*.

Desafortunadamente, el ambicioso proyecto no pudo ser realizado. Sin descartar la posible existencia de fragmentos perdidos –pues Isaacs afirma haberle dado a leer a su amado maestro Ricardo Carrasquilla los “últimos capítulos” de *Camilo*– de la trilogía hoy solamente conocemos los seis capítulos iniciales de esta novela, un fragmento, borradores, una lista de personajes de *Fania*, y un vocabulario de modismos del Cauca y de Antioquia, conservados en los manuscritos de la Biblioteca Nacional. Estos documentos, junto con la información que el autor da y solicita en la correspondencia de finales de 1893 y comienzos de 1894 con sus amigos y paisanos Luciano Rivera Garrido, Leonardo Tascón, Jorge Roa y con Rafael Uribe Uribe, permiten inferir el plan general y las ideas centrales de su proyecto.

Fania debía preceder a *Alma negra (Camilo)* pues esta obra aparecería fragmentaria sin la primera. En ella se propone exaltar la época gloriosa del Cauca antes de las guerras civiles, "la Colombia gigante en el apogeo de su gloria", para contrastarla con la época que siguió. La acción comienza en 1822 con la campaña del Sur de Bolívar, aunque la historia de los trágicos amores de la madre de la heroína la hace retroceder hasta 1808 y las campañas de José María Cabal, gira en torno a la pareja formada por la mestiza Fania y el mulato Salvador, quien anuncia que se irá a la guerra. La novela termina cuando ya han muerto Bolívar, Padilla, Córdoba y Sucre: "es el ocaso de Bolívar, de nuestras grandes".

La segunda novela que Isaacs prefiere titular *Alma negra*, porque el mulato Camilo fue más conocido por este apodo, "es la noche, la insania, la batalla en tinieblas, la Democracia que hiere a ciegas, el feudalismo torpe, que se defiende como pantera herida en su cubil: mucho de horror, de iras, retazo de la pasada grandeza. La acción tiene comienzo en 1849 y termina en 1854, en días de esperanza, de fraternidad de los partidos, que se devoraban desde 1831: ¡Cuán fugaces fueron esos días!" (carta a Rafael Uribe Uribe).

El argumento de *Soledad*, la postrera de la serie, se desarrolla durante la revolución del 54. Debe ir después de las otras dos pues no debe aparecer "como obra fragmentaria", y sus antecedentes "serían estorbosos, al referirlos" en este libro. Afirma que es fruto de un estudio "hecho con singular amor" y que tratará de costumbres de Antioquia; en esta novela necesita la presencia de algunos personajes de *Maria*, "con su mismo carácter": la de los colonos antioqueños José, Luisa, Lucía, Braulio y Tránsito.

En la correspondencia mencionada, presenta Isaacs someramente las ideas centrales acerca de sus intenciones. La trilogía debía glorificar el heroísmo de los libertadores de Colombia, mostrar su inexperiencia, denunciar el poder de los oscurantistas y de la Iglesia católica (a Roa)

En carta a Leonardo Tascón del 16 de noviembre de 1893 dice: "La demagogia y el ultramontanismo, cada cual a su turno, han sido los azotes de esos pueblos [...] la lucha empezó desde 1831, o muy poco antes, y en ellas con tréguas cortísimas, algunas de marasmos, van transcurridos 62 años. Qué había de suceder en un país cuya primera necesidad fue educar para la república y la industria la clase proletaria, mezcla de raza africana, europea e indígena. Libertad e ignorancia suman barbarie. Los fundadores de la república nada tenían de antropólogos. La

sociología no era aún ciencia conocida: edificaron sobre escombros de servidumbre y a la luz de las batallas. De los herederos de su labor gigante, unos quisieron ser únicos dueños de ella a nombre de la libertad, otros en nombre de Dios; ninguno en nombre del Cristo, verdadero apóstol y maestro de los oprimidos [...] Invocaban los derechos del hombre para hacer mártires: a Dios para hacer esclavos."

A Rafael Uribe Uribe le sintetiza así su "primordial pensamiento": la obra de los libertadores fue heroica pero de políticos inexpertos: las ambiciones bastardas la entorpecieron: "inconclusa la recibimos; Fernando VII estaba vencido, el Vaticano, el rey de Roma, no. La maleza de la ignorancia ahogó las mieles que Bolívar y sus tenientes fecundaron con sangre. En 1854, vencida la dictadura insolente, vino la tregua, el espacio para la meditación, el momento propicio, y no se le aprovechó. Es preciso que tan craso y criminal error no vuelva a cometerse. De lo contrario, todos los hijos buenos de este país aparecemos como horda de feroz cretinos".

Algo sabía el autor acerca de las luchas de partido y de las guerras fratricidas pues, hijo de su tiempo, al igual que un buen número de escritores contemporáneos, participó en las guerras civiles de la segunda mitad del siglo. Antes de escribir *Maria* ya había tomado parte en dos de ellas: en 1854, a los 17 años, se enroló en las fuerzas que el general Tejada organizó para combatir a Melo; en 1860 combatió contra Mosquera en Cali y en Antioquia. Ya como militante del radicalismo, tomó las armas contra el levantamiento conservador y el 31 de agosto de 1876 lo encontramos en el campo de batalla de Los Chancos al mando del batallón Zapadores. En enero de 1880 encabezó su propia revolución al declararse Jefe Civil y Militar del Estado de Antioquia contra el presidente Pedro Restrepo Uribe. Terminada esta aventura militar a pesar de haberse alejado de la política y de ser contrario a la guerra, en 1885 se unió al levantamiento de los radicales contra el gobierno de Núñez.

Sintiendo que la vida se le escapa, en la honda tristeza presente que lo abruma en su "exilio" ibaguereño escribe para olvidarla. Señala Isaacs que lo que actualmente sucede en el Cauca es el resultado de fatales errores que no deben repetirse y sueña con la reconstitución de una Colombia grande como la que imaginó Bolívar que acalle la saña de los bandos fratricidas.

María Teresa Cristina
Universidad Nacional de Colombia
Noviembre, 2003

Jorge Isaacs

CAMILO

(FRAGMENTOS DE UNA NOVELA INCONCLUSA)

Capítulo I

Según la opinión de muchos viajeros ilustres, el Valle del Cauca es el país más bello de Suramérica: allí tuvieron lugar los sucesos que se van a referir.

Hace poco más de veinte años que en un día de junio, después de la hora de siesta, dos caminantes de extraño traje, caballeros en castaños de buena raza y uno en pos de otro, atravesaban espaciosamente las pintorescas llanuras que se extienden al sur de la silenciosa y perfumada ciudad de Guadalajara.

La tarde había sido de lluvia, pero sólo caían algunas ráfagas de ésta impelidas por los vientos del oeste sobre las faldas de la cordillera central; y al aparecer de nuevo el sol espejeaban las charcas de la campiña, emprendían vuelo las aves y sacudían los bosques sus follajes.

El viajero que guiaba hizo alto para esperar al criado que lo seguía: se desabrochó la capa de invierno, pieza que hubiera llamado la atención de cualquier natural del país, y la puso en manos del sirviente, dejando visible un talle airoso, ceñido por una faja de seda que sostenía un par de pistolas.

Mientras el criado, con la capa del joven señor al hombro, le abotonaba una de las polainas, éste le decía:

—Ya estamos frescos, viejo Gaspar; pero bastante largo ha sido el viaje; ¡llegaremos por fin!

—¿Cómo, se ha calado la capa? —preguntó sobresaltado Gaspar, preparándose a examinarla.

—No tal: digo que no siento fiebre ya, gracias talvez a la bebida agria de aquella buena mujer del villorrio... ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Carmen —contestó el criado tomando el estribo para montar.

—No, hombre, el lugarejo.

—Yarumal, mi amo.

—¿Mi amo?

—Fue un olvido, mi capitán.

—Bueno, mi sargento. Esa aldea parece nueva.

—Andemos.

—Yo no conocí allí más que una hacienda que se llamaba lo mismo que el pueblo: era de un blanco muy rico, que fue de los peores insurgentes. Malos ratos nos dio, muy malos; pero al fin le tomó cuentas el coronel Tolrá, porque mi amo el coronel no las dejaba volver viejas.

—¿Lo fusilaron?

—¡Qué remedio!

—¿En Santiago?

—Allí mismo.

—¿Se llamaba don Diego Peral?

—Cabalmemente.

—Ya sé: eran enemigos él y mi abuelo: le oí hablar muchas veces de eso a mi padre; lo recuerdo todo.

—Se aborrecían como tigres —agregó el sargento.

—Pero murieron como leones, ¿verdad?

Pasado un rato de silencio, el caballero notó que no lo seguía de cerca el negro

realista. Lo esperó, y, volviéndose a él, le dijo:

—¿Qué sucede? ¿Volvemos a las andadas? ¿Triste otra vez? ¿Apostemos a que tienes frío por haberte cernido el capisayo que has guardado veinticinco años?

—Ni una gota, mi capitán, ni una gota.

—¿Y qué hay, pues? ¿por qué te quedas?

—Pensaba yo en tantas cosas!...

—Dílas, y entretendremos el tiempo; pero hay que avanzar, porque si llega la noche, seguro estoy de que no acertarás con el camino.

Gaspar no contestó. Se había detenido: tenía los ojos fijos en la tierra, y acababa de enjugarse dos lágrimas que rodaban por sus atezadas mejillas.

El caballo del capitán relinchaba, levantando la fina cabeza como para aspirar las auras de la llanura, y, contrariado por el jinete, manoteaba inquieto, tratando de encaminarse hacia la derecha. El joven, acercándose al sargento, le preguntó:

—¿Es por acá el camino?

Gaspar señaló una umbría vereda que se internaba en el bosque en dirección al oriente: el capitán contempló en silencio a su criado; y momentos después añadió éste:

—Por allí se va a San Esteban, y esa casa alta que blanquea allá lejos, es la capilla del fundo.

—¿Donde se elevan aquellos humos?

—Salen del real de la hacienda.

Y, humedecidos los ojos, continuó con triste acento:

—Mi amito Cristóbal, allí nació mi amo Alonso... y él no volvió a ver su tierra; allí nací yo, y tampoco he debido volver. ¿Quién me espera a mí ya?

Cristóbal fijó en él una mirada afectuosa, al decirle:

—Y tu hijo, que tanto placer ha tenido al verte; y tu padre? Comprendo lo que pasa por ti. Todo lo abandonaste por seguir a mi padre a la campaña y al destierro. Él no tenía cómo recompensarte debidamente: ¿qué fue hacerte libre y amarte mucho, en pago de lo que hiciste? Más tarde deseaste aliviar mi vida de soldado, y ahora me has acompañado en este penoso viaje. Pero regresaremos muy pronto a Cuba, después de salvar para mi madre y mis hermanas esos intereses que nos traen; y desde entonces vivirás a mi lado tranquila y cómodamente; yo quiero y puedo premiar tu afecto y tu lealtad.

—Yo nunca me he arrepentido de lo que hice por el amo, mi capitán: de nada me quejé en tantos años: todo lo que necesitaba lo tenía. Si me ha flaqueado aquí el ánimo, ha sido al recordar que aquí, aquí mismo, me despedí de mi mujer hace treinta años... Todavía llevo el escapulario que me dio esa noche. Ella se cansó de esperarme... ¡Si me esperara todavía!... Pero —añadió reanimado súbitamente— no me ha olvidado mi padre; no me ha desconocido mi hijo; andemos, y cuente su mercéd con que no volverá a llorar por ella un sargento del Valency.

El gallardo capitán, seguido de su criado, se internó a galope en el bosquejo del sendero que conducía a la hacienda de San Esteban.

Capítulo II

Afines de 1786 salió de España en dirección a Cartagena de Indias don Rodrigo de Vera, conduciendo una fuerte ancheta que le había proporcionado su padre, rico comerciante de Cádiz. Don Rodrigo, favorecido a saciedad por la suerte, realizó gran parte de sus mercancías al pisar tierra americana, y, atendida la clase y calidad de las que le sobraban, resolvió internarlas por el Chocó al Valle del Cauca. Después de un año de permanencia en esta comarca, donde su profesión, riqueza y caballeroso trato le proporcionaron relaciones con las más distinguidas familias de Santiago y Guadalajara, volvió a la Península, impaciente por regresar al Cauca, donde la hija de un rico hacendado había hecho cautivo el hasta entonces inconquistable corazón del joven gaditano.

En 1788 tornó don Rodrigo a embarcarse para el Nuevo Reino de Granada, dueño ya de un capital que su nuevo negocio podía hacer considerable, llevando además permiso de su padre para contraer matrimonio con la americana a quien amaba.

Cuando nuestro comerciante llegó a Guadalajara, acababa de morir don Luis Peral, padre de Romelia, su prometida; y meses después, con general contento de la familia, se efectuaron las bodas.

Un año más tarde había dejado don Rodrigo la profesión de comerciante, y, parte por cuenta de la dote de Romelia, parte comprada por él, recibía de su cuñado don Diego la hermosa hacienda de San Esteban, una de las que había legado don Luis Peral.

Los síntomas de la revolución que debía conmover el Nuevo Reino en 1810 vinieron a turbar la tranquilidad del señor de Vera, que durante muchos años fue dichoso, viendo crecer su familia y prosperar sus intereses. Realista exaltado el gaditano, emigró en 1812, dejando la hacienda encomendada a don Diego Peral, hermano de doña Romelia, y a don Fernando, el segundo de sus hijos, que contaba a la sazón veinte años y le servía de auxiliar en el manejo de los negocios; y, llevándose por compañero a Alonso, que hacía entonces en la capital del virreinato estudios universitarios. Fruto del matrimonio de don Rodrigo eran, a más de Alonso y Fernando, Lubín, que estaba destinado a la carrera eclesiástica, y Leonor, niña de trece años, digna por su índole y prematuros encantos de la idolatría con que la amaba su padre.

El señor de Vera regresó al Cauca en 1816 con el ejército pacificador. Desgracias domésticas, que habrá ocasión de referir más tarde, y las victorias de los republicanos en 1819, anticiparon su muerte.

Luchó don Alonso, su primogénito, en las huestes españolas hasta que perdieron éstas la batalla de Boyacá; desesperanzado de una reacción favorable, y ya sabedor de la muerte de su padre, fue a establecerse en la isla de Cuba. Allí se casó con una joven española, parienta suya, y en premio de la fidelidad con que había defendido la causa del rey, obtuvo honrosos empleos. Tal circunstancia le valió el poder dar una buena educación a su hijo Cristóbal, quien después de haber servido con lucimiento en los ejércitos de la reina Cristina en los años de 1835-36, obtuvo li-

cencia para volver a la Habana, adonde vino a ponerse al frente de su familia, con motivo de la muerte de don Alonso.

Dos años hacía que se hallaba en Cuba, cuando falleció en el Cauca su abuela paterna, doña Romelia, y atendiendo a la indicación de sus tíos don Fernando y doña Leonor, venía a hacerse cargo de la parte de herencia que a él y a sus dos hermanas les correspondía en la mortuoría de la viuda del señor de Vera. Aquel viaje, que en otras circunstancias habría causado gran pesar a la madre y hermanas de Cristóbal, una vez resuelto, fue casi un motivo de contento para ellas. El capitán, que por su educación y altivez genial no se hallaba dispuesto a tolerar la petulancia que gastaban con los criollos los militares españoles, prevenido así, trató rudamente a uno de ellos, relacionado con su familia, que osó presentarse en la casa con cierto marcial desenfado al salir de un banquete. El coronel, pues tal era su categoría, retó a Cristóbal: el duelo tuvo lugar, y el español quedó herido mortalmente. A las autoridades civiles y militares de la Habana les fue imposible everiguar bien lo ocurrido; pero aunque el joven coronel se hallaba convaleciente quince días después, el peligro para Cristóbal no había cesado, y la necesidad de representar los derechos de la familia en la mortuoría vino a ser, en tal situación, prescrita porque su madre y hermanas lo obligaron a ausentarse de Cuba algunos meses.

Pero llegan ya a San Esteban los viajeros que hemos dejado en la llanura.

Al vadear un riachuelo selvoso, dejan a la espalda una extensa dehesa, donde pastan confundidas hermosas yeguas y vacadas. Un sendero guía en ella a una casa de lujosa apariencia: cierra el patio, sembrado de cocoteros, una elegante portada a cuyos lados se prolongan hileras de sauces; y se alcanzan a oír gritos de niños que retozan con los corderos en el redil, y los graznidos de los gansos en el arroyo que sale del huerto a la vega de la llanura.

—¿Cuál es esa hacienda? —preguntó Cristóbal a Gaspar, que hacía rato había vuelto a su habitual silencio.

—Por lo que nos ha dicho Isidro en el camino, tiene que ser *Limonares*, la del amo Fernando. Esa que está allá, dijo señalando hacia el norte, es la hacienda vieja. Lo mismo... ilo mismo! Todo está allí: no falta un árbol, añadió acortando el paso: las palmas reales y los tamarindos del patio; la capilla... por delante hay ya más naranjos. La cuadrilla vuelve ahora de los trabajos... Parece que fue ayer... Sólo yo me he vuelto viejo.

Cristóbal atravesaba ya el espacioso patio, y se dirigía hacia la casa, solitaria en apariencia.

Gaspar se demoró en seguirle.

—¡Ole, alguno de casa! —dijo el capitán, deteniéndose al pie de la musgosa gradería.

Los ojos vivaces de un rostro hechicero de mujer, que asomó a la reja en ese momento, se encontraron de lleno con los del recién llegado; y al ocultarse ella instantáneamente, exclamó:

—¡Es él!

—¿Cristóbal? —repuso una señora anciana que hilaba en un estrado inmediato a la reja.

—Sí, señora; no puede ser otro: ¿qué hacemos?

—¿Estás segura, Rita?

—¡No le digo! Y está esperando...

—Sal, pues, y hazlo aparecer. ¡Tampoco podré verlo!

—Yo si... Si estuviera por aquí Rosalía... ¿la llamo?

—Ve tú, hija; ve y condúcelo hasta aquí —insistió la señora volviendo a sentarse en el estrado, después de haberse puesto un instante de pie.

El sobresalto en el semblante de la niña y la casi dolorosa emoción que mostraba el de la anciana, contrastaban notablemente.

Rita dudó un segundo más, y se resolvió a salir, después de medio arreglarse, pasando por la sala, su lujosa cabellera negra, que caía en abundantes bucles sobre una falda de linón color de lila.

El capitán había echado ya pie a tierra, a tiempo que bajo su bozo negro jugaba una sonrisa.

Arrendaba el caballo en el tronco de un pomaroso inmediato, vuelto de espaldas al comedor, cuando Rita se presentó en él. Cristóbal la vio al pisar el primer peldaño de la gradería, y, sibiendo los restantes con el sombrero en la mano, se inclinó ante ella al decirle:

—Señorita, ¿seguramente se halla en casa la señora doña Leonor de Vera, mi tía?

Rita, recostada en la batiente de la puerta, y bajando los curiosos ojos, respondió, después de contestar la salutación del extranjero:

—Lo está esperando a usted. Tenga la bondad de entrar, señor.

El capitán, dando lugar a que lo precediese su linda conductora, le dijo:

—Tengo el honor de hablar con mi prima?...

—No, señor, —le interrumpió Rita, volviéndose a él casi ruborizada.

Cristóbal se detuvo.

—Es aquí donde está mi madrina —le indicó la joven, señalándole la entrada del aposento que estaba a la izquierda del salón.

El capitán entró. Rita se quedó en el salón. La anciana, de pie otra vez, extendió los brazos hacia él, exclamando:

—¡Por fin, hijo mío! ¡Bendito sea el Señor!

—Por fin, señora —replicó el joven, dejándose abrazar y palpar por aquellas manos trémulas de placer.

De los ojos sin luz de doña Leonor rodaron lentamente gruesas lágrimas.

—¡Qué voz! iqué voz!... —murmuró la anciana, interrumpida por los sollozos; y haciendo sentar en el estrado a Cristóbal, a quien tenía asido de una mano, permaneció algunos momentos en silencio, dejando descansar la venerable cabeza en la palma de su mano izquierda. Al fin habló así:

—¡Ah buena mi madre! Me habló de Alonso y de ti hasta el día antes de morirse; pasaba horas enteras viendo los retratos que le enviaste, y vivía esperándote.

Pasados unos instantes de silencio, añadió:

—¡Gran desgracia es no poder verte! Serás muy parecido a tu padre. ¿Me amaba todavía? ¿Se acordaba de mí?

El capitán no tuvo voz para dar respuesta a esas dolorosas preguntas.

Doña Leonor, palpando la cabellera del joven, añadió:

—¿Negros y crespos, no? Y estas manos... son sus manos mismas. Y reclinando en su seno la cabeza de Cristóbal:

—Te querré como lo quise a él. Bendito sea Dios, que para mi alivio te envía. No debemos recibir con muestras de dolor sus beneficios —agregó después de un pausa.

Enjugándose los ojos apagados, con que su alma se esforzaba por ver el objeto de sus maternales caricias, llamó:

—¡Rita, Rita! ¿No estás ahí?

Ella acababa de arrodillarse a los pies de la señora; y ésta, al sentirla, dijole acercándola a sí:

—Talvez le tienes mucha vergüenza, hijita. Vais a ser muy buenos amigos, para poderlo yo tener contento en este caserón triste, y para que viváis siempre cerca de mí. ¿No es verdad?

Rita alzó sus ojos pudorosos y volvió a bajarlos al encontrar la noble y afectuosa mirada de Cristóbal.

—¿Nada respondes? —añadió la ciega, tomándole la barbilla a la niña.

Rita sonrió, mirando tímidamente al amigo que le ofrecían, y esa sonrisa tuvo por respuesta otra del joven soldado.

—Bien estarás, hijo —continuó Leonor— entre una ciega y esta mudita. Míralo bien, para que me cuentes después cómo es, que cuando estemos solas no tendrás miedo —concluyó la señora, acariciando a Rita.

—Si yo no tengo miedo, madrina —contestó la niña, arreglándose a doña Leonor el pañuelo de batista que le cubría el pecho.

—¿Y si no? ¿No es cierto que salió temblando a recibirte, hijo?

—Verdad que no, señor?

—Verdad —respondió Cristóbal—: tal vez un poquito...

Pero quizás mi tía le habría hecho creer a usted que yo era un coronel de dragones, y...

—Me lo figuraba a usted como es —observó, menos tímida ya, la ahijada de doña Leonor.

—Siquiera ya sé que sabes bien cómo es —repuso la anciana jovialmente; y añadió quedo, al oído de Rita: —Muy bizarro, ¿ah?

La niña se puso de pie, volviendo el rostro para ocultar su rubor al capitán.

—No, señora —le dijo la ciega reteniéndola y haciéndola sentar.

—Si voy a hacer preparar la comida y a abrir el cuarto del señor...

—Bueno, bueno: pero las amistades quedan hechas desde ahora, para que desde este momento os miréis como hermanos. A ver... —y puso la preciosa mano de Rita en la de Cristóbal.

Él la oprimió afectuosamente; la niña le correspondió con una mirada dulce y llena de gratitud, mientras el capitán retenía la mano que ella le abandonaba; y poniéndose luego de pie, salió presurosa del aposento.

—Es un ángel —murmuró Cristóbal, siguiéndola con la vista.

—Dios me la ha enviado para consolarme —observó con ternura doña Leonor.

Sonaba el toque de oración en el campanario de la capilla, y Gaspar, de pie en el umbral de la puerta del aposento, el sombrero debajo del brazo y con la frente inclinada, saludaba así al penetrar en la antigua mansión de sus amos:

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!

Capítulo III

Conozca el lector algunos detalles más de la localidad de San Esteban. El cuerpo principal del edificio, cuya fachada es de dos altos, se prolonga de oriente a occidente: a este lado, en el piso inferior, se encuentran las habitaciones más importantes de la familia, y sus ventanas están a mediana altura, debido al terraplén en que descansa la fábrica y al declivio del terreno hacia el norte. La capilla, cuyo atrio está circundado de frondosos naranjos, se halla a cuarenta pasos del extremo occidental de la casa, cierra el parque por aquel lado, y su frontis cuadra el patio de entrada.

A la derecha del salón que ya conoce el lector, hay un departamento que consta de un espacioso cuarto de estudio y de una

alcoba, que tienen salida al huerto, y ventanas que caen al corredor principal.

La sala y cuadras, por los curiosos sobrepuertos de madera, pesados sillones de guadamaciles quiteños con tachones brillantes; los sofás con pies y espaldares blancos y molduras doradas; los cuadros al óleo, quiteños y españoles, con marcos valiosos primorosamente trabajados, a usanza del siglo anterior, daban completa idea del cuidado y dineros que don Rodrigo de Vera supo gastar para embellecer su morada; esto, sin hacer mención del vasto huerto cercado de palenque, del cual hacía muchos años era hortelano Bernardo. La escalera que se encuentra en uno de los extremos del corredor principal, conduce al piso alto: mezcla de muebles y adornos antiguos y modernos decoran la sala, cuarto de estudio y alcoba que componen la habitación; los balcones de los tres pisos dan vista al huerto y los adornan cortinas de blanca muselina: sobre el pretil que rodea el corredor de la fachada, se han colocado convenientemente algunas tazas de claveles... En aquel departamento, inhabitado desde que murió en él don Rodrigo de Vera, hace tres días que la voz armoniosa de Rita, cantando o riendo, sus miradas brillantes, el ruido de sus ligeros pasos, el perfume de sus ropajes, parlan diciendo a los rayos del sol: —Entrad a iluminarlo todo, para que se vea muy alegre y hermoso; a los aromas del huerto: subid hasta acá; a las aves del bosque: venid a cantar al pie de los balcones; a las brisas de la llanura: jugad, jugad con esas cortinas transparentes y sus cintas azules; y a las tazas de flores: no os pongáis tristes, porque yo vendré a veros todos los días. A la derecha del que llega a la casa de la hacienda, se divisa el edificio del ingenio, y entre algunos árboles salteados, dos hileras de techos pajizos formando callejón; son las chozas del Real, y tienen huertecitos cercados de cabuyos y piñuelos, en cuyas eras se puede notar el esmero que gastan las esclavas en cultivarlos.

Un corredor casi cuadrado, al que forman espesa cortina los sarmientos enrelazados de un melocotón, y cafetos florecidos, sirve de tinelo y se encuentra yendo de la sala hacia el interior; la mesa grande, otra en que están empotradas y rodeadas de piñas y toronjas dos grandes tinajas de raras molduras, y algunos asientos de forma menos antigua, constituyen el mobiliario de aquella cuadra.

Si una hora después de haber llegado Cristóbal de Vera a San Esteban entramos a la pieza últimamente descrita, podremos estimarla en todo lo que vale y juzgar cuán atinado anduvo el rico gaditano en darle el destino que tiene: al través de la tupida enredadera se divisan los sotos del espacioso huerto, y se ven las luminosas curvas que forman los cocuyos revolviendo sobre los follajes; por debajo de las mosqueteras y saúcos que rodean el alar, se desliza un arroyo en cuyas márgenes mariposea Rita al salir el sol, y cuyos murmullos la arrullan al dormirse.

Es ella la que llega con dos bujías puestas en ricos candeleros, que coloca sobre el níveo mantel de alimanisco que cubre la mesa, donde brillan jarros y fuentes de plata.

Doña Leonor, sentada en un sillón inmediato a la cabecera, anudada y desanudada, apaciblemente distraída, las cintas de su traje negro de bengala, sobre la falda del cual se pueden admirar mejor las blancas trenzas, abundantes todavía, y las aristocráticas manos de la noble señora.

—¿Ya, hijita? —preguntó, oyendo los pasos de Rita.

—Casi, casi —contestó ésta.

Y asomándose a la baranda, agregó en voz alta, con cierto dejo inimitable, peculiar de las hijas del país:

—¡Lía! Sáca el vino del agua y tráelo; pero ya. Jesús —dijo volviéndose a echar una ojeada a la mesa—: ya no puede mamá Lía ni con unas saludes... ¡Pobre!...

—Voy para allá —había contestado Rosalía con pachorra.

La esclava entró despacio y sonriendo afablemente.

—¡Acabáramos! —dijo Rita mirándola—: si te has estado poniendo chatre... Muy bien hecho. A ver...

Y recibiendo la botella que la esclava venía enjugando, las colocó a uno y otro lado del cubierto de la cabecera.

Rosalía, era verdad, se había puesto su mejor follao de bayeta de Castilla, el más rico rosario que tenía, y una camisa de anchos encajes blancos con bordados color de lirio.

—Ya está, madrina —dijo Rita acercándose a doña Leonor.

—Rosalía —mandó ésta—, llama a Cristóbal y asómate a ver si llega Lubín. ¿Dónde se habrá enredado hasta estas horas? ¡Válgame Dios!... Y tú ¿cómo estás? A ver —añadió rodeando con su brazo la primorosa cintura de Rita y palpándola con la otra mano—: ni unos zarcillos... ni las trenzas hechas...

—Si todavía está húmedo el pelo.

—Nada en el pecho —continuó la vieja, y detuvo un instante la mano sobre el seno de Rita, que sin saberlo ella misma se había agitado al oír la voz y sentir los pasos de Cristóbal en el salón.

Hablaban el joven con Gaspar, que le seguía, diciéndole:

—¿Conque todavía guapo el abuelo? ¿Cuándo viene a verme? ¿Le has dicho que deseo mucho conocerlo?

—Todo, todo se lo he dicho, mi capitán; pero... así como pude, porque...

—Porque llorabas de placer, claro está.

—Sería por eso. Y este Isidro, que se demora con las cargas; y tanto que le advertí una y otra...

—Llegará mañana —contestó Cristóbal entrando al comedor guiado por Rosalía.

Al presentarse, Rita se soltó del brazo de doña Leonor y señaló a Cristóbal la cabecera.

—Mucha demora, hijo, ¿no? —le dijo la señora, tomándole una mano entre las suyas.

—No, no, señora: el tiempo necesario para quitarme el lodo.

—Y el cuarto ¿cómo está? Todo viejo, pero todo limpio, ¿no es así? Hacía tiempo que estaba cerrado... Rita se cansó de remover trastos para que te pareciera soportable.

—Y todo está perfectamente dispuesto —contestó Cristóbal, dándole las gracias a Rita con una mirada.

—Pues casualidad será —observó ésta—, porque cada vez que le consultaba algo a mi padrino Lubín para el arreglo, decía: —Corriente, corriente! ¡Por supuesto!— Y como no lo pude sacar de allí, así quedó todo. Pero lo que esté mal lo compondremos mañana, ¿no, madrina?

—Sí, hija... Siéntate, Cristóbal, que te haremos compañía desde aquí.

—¿Ni usted ni Rita?... —preguntó Cristóbal al ir a sentarse.

—Siempre te acompañaremos para hacerte la tertulia solamente, porque estoy casi tan desmañada para comer como el primer día. Pregúntale a ésta si no es verdad que tiene que hacer conmigo lo que hace con sus azulejos chocones. Pero Lubín simpatizará mucho contigo: se muere por los militares y por contar historias. Ya se tarda esta noche. Fernando está con la familia en Guadalajara; pero vendrá muy pronto: mucho ha deseado tu llegada.

—¡Ah! Allí está, y le he ganado la apuesta —dijo Rita dirigiéndose apresuradamente al salón, y cerrando la puerta tras sí.

—¿Qué fue? —preguntó Cristóbal viéndola salir.

—Algún juego que tiene con el bueno de Lubín: bromear con el padrino es su diversión.

Gaspar, con desembarazo y cierta gravedad marcial, estaba ya desempeñando admirablemente sus funciones de ordenanza.

En la sala decía don Lubín:

—¡Nada, nada! ¿No te lo dije?

—Bueno está —le contestó Rita—; pero la corbata no la pago hasta San Juan, y así que me ayude usted a componer la jaula de las asomas.

—¡Tramposa! Todos los días querías ganar, ¿no? Ha de ser de olán, porque ése fue el trato. A ver la llave de mi cuarto.

—Si usted no ha dejado llave.

Rita miró la mesa inmediata, y se puso disimuladamente de espaldas contra ella, para ocultarle a don Lubín el fuete y los guantes de Cristóbal, que se habían quedado allí.

—¡Cómo no! —insistió el padrino—. ¡Carambola! ¡A que la dejé en Potrerillo! Esta sí que estuvo... —decía echándose el poncho blanco ya sobre un hombro, ya sobre el otro, al registrar inútilmente los bolsillos de los zamarros y de la chaqueta.

—Así de aturdido saldría usted de allá. ¡Cómo está Merceditas? Primorosa, por supuesto.

—Déjate de pandorgas: ahí la tendrás; muéstra las manos.

—¡Ahora sí! —dijo Rita apartándose de la mesa y llevando los guantes y el fuete en la mano que ponía tras de la cintura.

—Muéstra —insistió don Lubín acercándose con sonrisa plácida.

—¡Que no! Es que tengo una quemadura en un dedo, ¿ya oye? Y fue ayudando a hacer el dulce de icacos con que dio y cabó esta mañana. ¡De veras! —insistió con aire de formalidad, viendo convencido a don Lubín.

—¿Y qué hacemos de la llave? Si este almártaga de Pantaleón... Y mañana es domingo, y hay que madrugar a Yarumal: ¿qué hacemos?

—Volverse por ella; no hay tu tía.

—¡Corriente, corriente! —exclamó don Lubín poniéndose el índice entre las dos cejas—. ¡Corriente! —repitió—; ya sé: debajo del madroño... ¡Hase visto un pepiflojo!

Y saliendo al corredor donde acababa de apearse, gritó:

—¡Pantaleón! ¡Pantaleón! ¿Dónde se habrá metido este mudo?... ¡Pantaleón!

—Vamos a hacer una cosa, padrino —le dijo Rita.

—¡Déjate ahora de cosas!... Hágame el favor, cuando urge...

—¡Pero oiga!

—A ver, a ver, ¿qué?

—Si encuentro yo la llave, empieza otra vez la apuesta, desde ahora hasta mañana a las doce; y si viene su sobrino, son dos pares de peinetas las que me tiene que dar, ambas con conchitas de oro: unas para Isabel y otras para mí.

—Corriente: a verla.

—Aquí la tiene —le respondió Rita entregándole la llave.

—¿Hase visto indina?... ¡Y hacerme patear así!... Si sabes más trampas que el alférez Guacharaco.

—Pero queda así la apuesta, ¿no es cierto, padrino?

—Bueno está; pero no se vuelve a abrir. Y con miedo venía de perderla, porque ese chirrista de Matías me dijo en la venta de

los Monos que un militar había pasado por los Llanitos a las cinco; miente hasta por los codos. ¡Caray! Estoy rendido —añadió, bostezando al sentarse—: ¿ya está el chocolate?

—Sí, señor, camine —le contestó Rita, tomándole por la mano—; y ya en la puerta del comedor, agregó abriendola: —éntre, que voy en este momento.

Rita dio en un instante la vuelta por las recámaras, para salir al comedor por la puerta que Cristóbal tenía a la espalda.

Capítulo IV

No se habrá olvidado que Gaspar no siguió inmediatamente a Cristóbal, cuando éste atravesó el patio de San Esteban para ir a desmontarse en la gradería.

El sargento, que había echado pie a tierra para abrir la pesada puerta de golpe, ya con lasbridas en una mano, y puesta la otra en el respaldo de la silla, se disponía a montar, a tiempo que un sollozo largo tiempo contenido salió de su pecho: el soldado, apoyada la frente sobre la montura, dejó correr algunos instantes esas lágrimas de que se avergonzaba, y, al fin, llevando el caballo del diestro, se dirigió paso a paso a la gradería, donde Pantaleón, el pajecillo negro de don Lubín, tomaba ya el castaño abandonado por el capitán.

El mudo, fijas las curiosas miradas en el viajero, lo vio acercarse: después de pasear las suyas en derredor, Gaspar le preguntó con voz alterada:

—¿dónde está mi padre?

Pantaleón, casi asustado, hizo un ademán que significaba: yo no sé.

—El viejo Bernardo, el abuelo de Isidro —insistió Gaspar.

La expresión de sorpresa se cambió por la de placer en la fisonomía del mudo, y alejándose pocos pasos de la gradería para mirar hacia la capilla, se la señaló al sargento.

Hacía algunos momentos que Bernardo, al salir de la capilla, se había parado en el umbral de la puerta entornada. Cubriendo la encanecida cabeza con el sombrero de junco que llevaba en la mano izquierda, y apoyándose en un borbón con la otra, dio algunos pasos bajo los hermosos naranjos que circundaban el atrio; miró hacia occidente donde palidecían los arboles de la tarde sobre las montañas de Calima, y fue a sentarse en el pretil al pie del campanario: sobre éste piaban las golondrinas revoloteando en busca de sus nidos, y las brisas espaciaban hojas secas y regaban azahares sobre el húmedo enladrillado del andén.

Un gran perro melenudo y leonado, que estaba tendido bajo uno de los árboles, se dirigió cojeando hacia el anciano, quien le dijo al verlo llegar:

—A ver, Orión, esa mano; a ver.

El perro, agitando la sedosa cola, puso en una de las rodillas de Bernardo la mano enferma, y éste, sobándole la enorme cabeza, le dijo:

—¿Ya lo ves? ¿Quién te mete en vaquerías? ¿Quién te convidó? Ya estás mejor. ¡Vaya!

Orión volvió a acostarse en el pavimento. Bernardo se puso en pie: descubierto, y teniendo ya asida una de las cuerdas que pendían del campanario, iba a dar la primera campanada de la oración.

En ese instante el sargento cayó de rodillas a los pies del anciano, exclamando ahogado por la emoción:

—¡Padre, padre!

Bernardo se estremeció: levantados los ojos al cielo, tomó entre las manos la cabeza de su hijo, y sentóse temblando al recibarlo en sus brazos.

Un cuarto de hora después, dado el último campanazo del avemaría, Bernardo entraba a la capilla; y ya era de noche cuando él y Orión esperaban a Gaspar al pie de la gradería.

Luego que Cristóbal dejó la mesa y entró al salón conduciendo a doña Leonor, decíale Rita a Rosalía:

—Oye, Lía: dí allá dentro que manden de todo a la casita de Magdalena, porque Gaspar dijo que ella lo estaba esperando, y allá querrá cenar Bernardo.

Y se entró a las recámaras por la puerta excusada.

—Y ya llegó Isidro —dijo Rosalía asomándose a la puerta del salón.

Don Lubín, que con motivo de la llegada del equipaje andaba de aquí para allá dando órdenes y contraórdenes innecesarias, entró en ese momento al comedor en busca del mudo, a quien no había regañado al desmontarse, quebrando así una vieja costumbre. La víctima compareció al punto, y se entabló el siguiente diálogo, empezado por el amo.

—¿Vino Mauricio por el bayo?

Pantaleón hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Lo montó?

El negro hizo la misma señal.

—¿Con madrino?

Pantaleón dio igual respuesta.

—¿Corcobeó mucho?

Al negrito le blanquearon los ojos, y levantando a la altura de la cabeza la mano derecha, la sacudió haciendo sonar el índice como un latigazo.

—¿Lo botó? ¡A que lo va a resabiar ese zambo del demontrés! ¿Y lo volvió a montar?

El mudo hizo un gesto quejumbroso y se sobó el cuadril para después sonreir tímidamente.

—Me lo alegro, observó don Lubín, para que no eche flotas. Pero ¿se fue con él?

Pantaleón respondió que sí.

—¿Y el rucito-negro? ¿Le lavaste la pata con friegaplato?

Pantaleón bajó la cabeza, y se puso a desflecar su *cola de mula*.

—¿No?

—Sí, dio a entender el pajé.

—Y entonces, ¿no está mejor?

—Así, así —significó el muchacho, ladeando la cabeza a un lado y otro.

—¡Carambola! Que me enmielen si no se volvió a ir al llano. Se soltó ¿no?

El mudo vaciló entes de dar, para vindicarse, la siguiente respuesta:

—Púsose una mano en el pecho; hizo ademán de clavar a golpes una estaca en el suelo, y, después, de amarrar algo en ella muy fuertemente.

Don Lubín, que, puestos los brazos en jarra y estirado hacia adelante el largo cuello, seguía atentamente los ademanes del mudo, le interrumpió:

—Y entonces ¿cómo se fue? So...

Pantaleón se puso entradas manos sobre el pecho; se sobó la frente; hizo ademán de achicar agua del suelo, y luégo produjo una especie de berrido gutural al indicar que reventaba una cuerda entre las manos.

—¡Así estaría la cuerda! Y te estarías una hora en la quebrada lavando el careto... Si no digo que lo que necesitas es una felpa... ¿Y el rucio está con las yeguas?

El mudo imitó con el brazo derecho el voleo de un lazo: agrupó los dedos de la mano: la puso a horcajadas sobre la izquierda, y mostró algo muy lejos, para indicar luego, con cierta ufanía, que arzonaba.

—¿Te ayudaron y lo cogiste? ¿Y la pata?

Pantaleón pisó firmemente con el pie izquierdo.

—¿La sienta bien?

—Sí, significó el mudo.

—Bueno: ya sabes lo que te pasa si se vuelve a soltar el rucio. ¿Y el castaño de mi sobrino?

—¿El del capitán? —preguntó el mudo, indicando rápidamente que se peinaba el bozo, y colocando, erguido, la mano derecha sobre el cuadril izquierdo.

—Sí —contestó el amo.

Pantaleón repitió el ademán de achicar agua, y luégo se puso a machetear con una mano sobre la otra.

—Corriente: límpiate mañana temprano el peceño, para irme en él. ¡Lárgate!

El mudo alzó del suelo su sombrero de juncos, e iba a irse cuando Rita, saliendo de la sala, le dijo:

—Oye, Pantaleón.

El negrito se detuvo complacido. Rita, al ver a don Lubín, añadió:

—Padrino, ¿no le han puesto de refrescar?

—Ayer a estas horas, hija, contestó él.

—Y de lindas manos. ¿Se espera un poquito?

—Cómo no.

—Y yo lo acompañaré, porque mi madrina está en la sala. Ya viene Rosalía. Voy a ver si...

Y cayendo en la cuenta de que Pantaleón esperaba, dijo:

—¡Ay! ¿qué tengo yo?... Mira: ahora que vayas donde Magdalena, dile a Gaspar que mi madrina quiere que él venga mañana temprano para arreglar mejor el cuarto de... del capitán.

Significó Pantaleón que estaba bien, y se volvió para atenderle a Rita, que añadía:

—Y a Magdalena, que se venga muy temprano mañana.

—Y a Isidro —dijo don Lubín — que prepare a Manuel para que traiga el mercado; y...

El mudo había salido ya.

—¿Y qué tiene el cuarto? —preguntó don Lubín a su ahijada.

Y a Rosalía que le servía el chocolate:

—¡Vaya en gracia! Ya yo creía que hoy se olvidaban de mí. ¿Como que huele mucho a canela? ¡Cuidado! Pachito me ha dicho que la canela me mata. Es malísima para el hígado.

Rosalía se sonrió, y Rita le dijo a don Lubín, sentándosele al lado:

—¡Válgame Dios, padrino!: téngale miedo a don Pachito, que de la canela le respondo yo. A ver, que yo misma se lo voy a

componer. No será como el de Potrerillo, pero... todos los días no son de Santa Lucía.

—Dios te lo pague, zalamera, dijo el viejo empezando a tomar el chocolate. ¡Conque está mal acomodado el cuarto?

—Pues quién sabe. Como Gaspar ha de saber lo que más le acomoda...

—Corriente: yo ayudaré por la mañana antes de irme, y la lista, la lista del mercado, para que no andemos después con que ya se me olvidaba y por vida suyita.

—Bueno: temprano se la haré y que va a ser larguísima; pero Carmen y mi comadre Abigail le ayudarán. Y tiene que traerme las cintas, que se le olvidaron el otro domingo, no sé por qué. Usted se quedó con las muestras, ¿no? No se le olviden.

—Por supuesto. Vamos a ver qué otros perendengues necesitas para andar bien piltre.

—Nadita más —respondió Rita empezando a trenzarse los cabellos, sentada frente a don Lubín, mesa de por medio.

—¡Ah! las peineticas.

—Sí, le significó la ahijada, que tenía cogido con los labios el hermoso peine de carey de que se estaba sirviendo, mientras tejía rápidamente con entrambas manos la trenza izquierda.

—Cuénta con ellas.

—Y con las de Isabel —añadió Rita amablemente.

—También —contestó don Lubín—; y después de una pausa dijo: —Sábete una cosa.

—¿Qué, padrino?

—Que mi sobrino me parece más guapo de lo que me lo figura. ¡Qué porte y qué finura! Es mejor que su padre; y eso que Alonso era un buen mozo de siete suelas. ¡Así le daban novias! Las tenía a tutiplén. ¡Tú qué dices?

—Pues yo acaso lo conocí... Sólo que por el retrato... —dijo Rita inclinándose a alzar el peine al pie de su asiento. Y poniéndose de pie: —Camine para allá adentro, y ve usted mismo qué le falta.

Don Lubín, que en tal momento apuraba a grandes tragos un enorme jarro de agua, mientras bebía miró a Rita como pudo; y después de haber resollado a sus anchas, y de enjuagarse la boca con el buche que arrojó al alar, dijole a su interlocutora, que, ya con la luz en la mano, disimulaba mal la impaciencia que la dominaba:

—Conque, ¿no te parece?

—Sí, sí; es mucho mejor que él...

—¡Vaya, vaya! Ino ha de ser! —dijo don Lubín sacando un cigarrillo de su tabaquera.

—Y si le falta algo, usted tiene la culpa, padrino.

—¿Cómo es el cuento? ¡Pues acaso soy yo su padre? Ojalá lo fuera, y apostaría doble a sencillo a que te casaba...

—¿Qué dice usted? —dijo Rita retrocediendo un paso, entre sorprendida y risueña, a tiempo que don Lubín iba a encender su cigarro en la luz que ella llevaba.

Más sorprendido la miró don Lubín, antes de preguntarle:

—¿Y no sales con que si le falta algo a mi sobrino tengo yo la culpa?

—Al cuarto, al cuarto, señor —contestó Rita, más riendo que hablando.

—¿Que qué?

—Camine véalo. Encienda el tabaco y camine véalo.

—¡A quién?

—¡Válgame Dios! ¡Usted qué tiene hoy? Pues a ver lo que le falta a su sobrino en el cuarto. Así se pone usted siempre que va a Potrerillo...

—Y así pones tú a cualquiera... Hágame el favor...

Y el amable don Lubín, repitiendo la última frase, con las manos en los bolsillos y saboreando su excelente cigarro, se presentó en el salón precedido de Rita, que disimulando la risa fue a sentarse muy cerca de doña Leonor.

Capítulo V

S i después de vadear el riachuelo que divide las campiñas de Limonares y de San Esteban, se camina aguas arriba una media legua, orillando la faja de bosque que lo sombrean, déjanse tortuosas a la izquierda el real y las sementeras del fondo; luego se presenta a la vista la inclinada y amena pampa que va a terminar al pie de las faldas selvosas de la sierra, y se tiene al frente el boquerón de Yarumal, en cuyo fondo lejano, si el sol está en ocaso, se descubren las cimas bronceadas de cordilleras azules. El sendero se inclina luégo hacia el norte: pronto se deja ver a medias tras espesos follajes la casa pajiza y blanqueada de la alquería de las Peñas, y antes de llegar a ella se oyen los rumores del Yarumal, que rueda al pie del otero en que está situada.

Es la misma tarde y hora en que Cristóbal ha llegado a San Esteban. El río acrecentado por la lluvia, baja más estruendoso que de costumbre, columpiando los carboneros y totocales de la orilla: los vientos del boquerón juegan al pasar con los sauces del patiecito y susurran en los plátanos del huerto: grupos de hermosas vacas sestean en los collados de la vega, y braman los bocerros en el corral; algunas garzas vienen de las llanuras a posarse en los higuerones de la ribera, en el bosque espeso del cacaotal se oyen los gritos de las catarnicas. En el corredorcito empedrado del patio, sobre el poyo que se prolonga a lo largo de la pared, está sentado un negro contemporáneo del sacristán Bernardo, y escarmena crin ayudado por un negrito que, en cuillillas a sus pies, se halla mal distraído con el oficio. El viejo, que ha puesto el capisayo y el sombrero de juncos al lado, lleva la camisa de lienzo arremangada hasta la mitad de los brazos, membrudos todavía; tiene puestos zamarros de cabra, que tuvieron más pelo y fueron menos cortos en otros días, y calza espuelas cortas de fierro cuyo uso constante ha acabado por formar muesca en cada uno de sus talones. Un perro barcino y desorejado, tendido en el alar, sueña que ladra y corre, y otro muy parecido a él se espulga en el patio sobre un sudadero de chumbe, aprovechando el último rayo de sol.

En la puerta de la salita que da al corredor, sentada en una estera de chingalé, teje encajes una mulata que parece de avanzada edad, a pesar del esmero que muestra su peinado y vestido. De vez en cuando deja de mover los bolillos y quita los ojos de la almohadilla, para mirar hacia el puente de guaduas que salva el río, y otras toma parte en la conversación del viejo vaquero con el muchacho.

—Está en lo que estás, Manuel —decíale a éste el anciano en tono de amenaza—; esa no es de ahí, esa no es de ahí, sino la corta.

Manuel, a quien valió tal reprimenda el haberle metido en la oreja unas crines al barcino que soñaba, dijo:

—Si ya se acabó el manojo, tío Ramón.

—Pues se coge otro.

—Si ya se acabaron los míos.

—Se sacan más.

—Y ¿cuándo muelo el pipilongo para curar la hija de la josca?

—¿Y qué te estuviste haciendo en el trapiche? Jartándote de melao, ¿no?

—¿Y yo qué hacía si mama Rosa estaba templando y me hizo esperar? Y como la niña estaba bañándose y yo tenía que traer las costuras para señá Abigaíl...

—Yo le preguntaré a ella, y si te cojo en la mentira...

—Pregúntele a ña Martina y verá.

—Verdad es, ñor Ramón, observó la mulata que tejía encajes.

—¡Haragán! ¡Y apartando cuatro vacas se te fue medio día!

—Y cuando el aguacero ¿no le estuve ayudando a enllichigar los quesos a ñor Gamboa?

—¡No te conociera yo las mañas!... ¡No te conociera yo las mañas!... —dijo Ramón poniéndose a recoger las crines escarmenadas, ayudado por Manuelillo, y añadió: —chapá la taravilla: idejala ahí, para andar tonteando el lunes!

Ramón le puso el freno a un cuartago amarillo que ensillado había estado pastando en el patio. Ya montado, y colgando de la enorme cabeza de su silla un tarrillo de guadua que le entregaba Manuel, le dijo a éste:

—Vé bien cómo curas la ternera, y tráete al corral la mula rayada, para que madrugué mañiana; yo voy a tapar el portillo del guadual antes que se haga noche, y a ver si encuentro la potranca para curarle el chupo.

El golpe de la puerta anunció que Ramón había salido al llano: los dos perros se preparaban a seguirle, cuando Manuel les gritó:

—¡Cachupín! ¡Collarejo!

Y seguido de ellos, y haciendo lazo con una soga enlodada que arrastraba, descendió a la vega, cantando con admirable voz estas estrofas de su bambuco predilecto:

*Qué lejos estás de mí,
no te alcanzo a divisar;
los cerros tienen la culpa,
i quién los pudiera tumbar!*

*Allá te mandé un quesito
en señas de matrimonio:
si no te querés casar
ídame mi queso, demonio!*

Capítulo VI

A uno y otro extremo del corredor empedrado hay dos cuarticos con ventanas que caen al patio: en uno de ellos habita el vaquero Ramón; en el otro, Camilo, y esa habitación merecerá luégo una visita especial del lector.

Si nos da paso la tejedora Martina, podremos penetrar en la sala. El pavimento es de ladrillos lustrosos; a derecha e izquierda hay alcobas: la pieza está rodeada de escaños sin espaldares, y reemplazan a estos últimos fajas de zarza rosada clavadas en las paredes en forma de zócalos. Inmediata a una de las bancas hay una mesa angosta y larga, seguramente la de comer. En los ángulos de la izquierda se apoyan dos mesitas esquineras: en la una, sobre gradillas cubiertas de musgo, se ve un *pesebre* quiteño, y en la otra una pequeña estatua de la Virgen de la Concepción con la peana rodeada de rosas frescas. Adornan las paredes, recientemente blanqueadas, media docena de láminas ordinarias que representan la historia de Mazzepa.

Al frente se divisa la huerta. Pasado un corredor angosto, que tiene a la derecha un cuartito oloroso a narcisos, estamos en ella. Hay en primer término lucidas y grandes eras formadas con trozos de guadua, y divide a éstas del alar sembrado de caracuchos y

biznagas, la acequia cristalina que viene rodeando el interior de la casa.

De pie bajo los jazmines que orlan el huerto por el lado del valle, está una mujer de muy bello perfil y joven todavía. Viste el traje de ñapanga: de la fina cintura le cae en muchos pliegues la falda, que no alcanza a ocultar bien los pequeños y cuidados pies; y sobre la camisa de peregrino bordado y blancura admirable, negrean los rizos desordenados de su cabellera. Mira unas veces hacia el valle, y absorta en otros momentos, inclina la pensativa frente, deja caer en el arroyo las flores que desgaja de una rama de jazmín. Cuando levanta los negros y sombreados ojos, talvez parecen más bellos que nunca porque han llorado.

Desde el sitio donde está Abigaíl se divisan hasta mucha distancia las vegas alfombradas de verde grama que deja a la izquierda el río, y solamente se elevan de trecho en trecho sobre ellas algún guásimo corpulento y guayacanes blancos: las corrientes, sombreadas a veces por los peñascos selvosos de la orilla opuesta, relumbran otras bañadas por los rayos macilentos del sol; hacia el sur, una densa columna de humo se levanta tras de bosques de písamos florecidos, y blanquea más allá el campanario de San Esteban: alguna pareja de garzones se destaca a lo lejos sobre los lampios dorados del ocaso al cruzar el horizonte, y los ecos de las selvas, adormecidos ya, repiten débilmente el toque de oración.

Hace ya un año que allí, o en la ventana de su alcoba que mira al valle, pasa Abigaíl la última hora de casi todas las tardes. Ella vivió menos triste en otros días; pero ipasaron tan pronto! Entonces, sentada al pie de la ventana, y segura de no ser observada, iba sacando de una cajilla, para colocarlas en su regazo, algunas flores y frutas secas, dos o tres cartas que leía con los ojos humedecidos, o hacía gudejas con hebras enredadas de cabellos negros, que parecían sobras de un peinado: otras veces, teniendo sobre la falda alguna pieza de ropa que examinaba o componía, llevábala a sus labios con frenesí y la mojaba con lágrimas.

Mas en tales momentos solía oír la risa y los cantos de una preciosa niña de diez a doce años, que correteando con un perro amarillo en torno de la esclava que la acompañaba, venía subiendo por el sendero de la vega a la casa del cortijo. Abigaíl, fuera de sí en el primer momento, salía a recibirla hasta la falda del collado, disimulando muy mal la dulce emoción que la hacía palidecer. Abrazaba a la niña: dejaba caer sobre su rostro hechicero una mirada de profundísima ternura; y arreglándole los desordenados cabellos, la ayudaba a subir.

Evoquemos, como la triste Abigaíl, el recuerdo de una de esas tardes felices. La niña se acercaba ya: ella salía a su encuentro.

—¡Abigaíl!... No, no: hoy no me dejo abrazar ni... ¡Tan maula! ¿Por qué no fuiste el lunes a San Esteban? —decía la niña, dando un paso atrás al acercársele Abigaíl.

—Pero, mi señora, si estuve acabándole el traje y...

—Es chanza, es chanza; te estuve esperando toda la mañana —dijo la niña dejándose abrazar de Abigaíl; qué bonita estás, y tan olorosa a flores... ¡Por qué será que mi madrina no quiere que yo huela a quereme? Te bañaste en el río, ¿no? Bañémonos ahora; le encargamos el secreto a Lía.

Y acercándose a la esclava con gracioso y suplicante ademán, agregó:

—¿Me dejas, mama Lía? Si no estoy acalorada... Bueno, bueno: ya sé que vas a decir que no; ino digas!

—Un día que venga de mañana, comadrita. No ve que si se enferma... —decíale Abigaíl.

—Si yo nunca me enfermo —interrumpió la niña.

—¿Y qué diría la señora si por venir aquí...? Una mañana que venga temprano, precisamente. ¿No es así, Rosalía?

—Eso es, contestó la esclava.

—Eso es, repitió la niña disgustada; eso es, y nunca me dejas.

—Le pide licencia a la señora para venirse desde muy de mañana, le dijo Abigaíl contentándola: nos bañamos, toma leche en el corral, le pongo un almuercito muy sabroso, componemos la huerta...

—Y nos volvemos a bañar a las doce, interrumpió la niña. ¡Ay, pero cuándo!... ¿Quién le da de comer a mi madrina?... ¡Pobrecita!... ¿Y la lección y la plana para mi padrino? Si mi madrina quisiera venir también, entonces sí.

En los bosques de las vegas altas resonaban gritos de cazadores y ladridos ahogados a veces por el trueno del río y el rumor de los vientos, y los gansos que pastaban en el gramal del patio, graznaban alarmados al oírlos.

Ya en el cuartito perfumado del corredor del huerto, añadió dirigiéndose a Abigaíl, que le acercaba una butaquita para que se sentara:

—¿Te ha quedado lindo el traje azul?

—Muy lindo, mi señora.

—Ahora me lo pruebas.

—Así que se refresque su mercé.

—Con bastantes boleritos, ¿no?

—¡Con bastantes!

—Vamos a ver si nació la manzanilla pastusa que regué, y se ha prendido bien la matica de clavel que te traje. ¡Si vieras las de casa!... ¡Están lindas! Y las hojas Santas que me diste, toditas han echado retoños, y mi madrina no creía que nacieran.

—Ahora descanse un ratico; ¿no está cansada, pues?

—¡Nada! Si Lía camina tan despacio, que Orión y yo tenemos que venirla esperando.

Orión estaba acostado a la puerta del cuarto, y Rosalía andaba por el huerto prorrumpiendo en admiraciones al ver las frondosas eras de cebollas. Abigaíl puso unas manzanas en el regazo de la niña, y se sentó a sus pies apoyada en un brazo de la butaca.

—Lindísimas, exclamó al verlas. ¿Quién te las trajo?

—Camilo.

—¿Vino ya?

—Antes de ayer. Me tiene que conseguir otros azulejos, porque se me murieron todos de puro bravos... fue a cogerlos tan grandes... ¿No viste qué tristecito estaba el que se salió al aguacero? Pues amaneció muerto el vidamía, y ya comía en la mano.

—El le buscará otros.

—Y el guatín también se fue al monte. Bernardo y Rosalía se cansaron de buscarlo en la huerta.

—Voy a decirles a Ramón y a Camilo que pongan trampa para coger uno.

—No: dos chiquiticos. Yo también te traigo una cosa muy bonita —agregó mostrándole a Abigaíl la mano cerrada.

—¿Sí?

—Me la dio mi padrino para que te la trajera.

No es posible dar idea de la expresión que tenía en esos momentos la melancólica mirada de Abigaíl, fija en el rostro de Rita.

—Sesta bayesta, ¿en qué mano de éstas? —dijo Rita escondiendo entre las manos tras de su cintura inquieta. Respónde, añadió dándole de pronto un beso a Abigaíl y volviendo a ocultar las manos.

Esta salió así del embebimiento en que se hallaba, y sus labios sonrieron... Imaginad cómo sonreirían. Se puso de rodillas: circundó con sus brazos la cintura de la niña; y ella dejó de reír al sentir sobre el rostro el aliento de Abigaíl: inclinada la cabeza hacia atrás en el respaldo del asiento, dejó descansar unos instantes sobre su boca aquellos labios que la buscaban amorosos.

La pobre madre, temblando cual si la hubieran sorprendido cometiendo un delito, se dejó caer a los pies de Rita al oír una voz sonora de hombre en la sala.

—Si te pones así cuando me abrazas y me besas —le dijo la niña— no vuelvo a dejarme. A ver las manos.

Abigaíl se las presentó y sobre ellas puso Rita las suyas juntas, diciendo:

—¡Guárdame esta sortijita!

Una sortija de oro cayó en las manos de Abigaíl, y sobre la cabeza de ella reclinó Rita la suya preguntando:

—¿Te parece bonita?

—Mucho, mi señora.

—Mírala bien.

—Sí, sí.

—Con mi nombre.

—Sí.

—A ver, te la pongo yo. Qué buena te queda. Mírala, comadre, y tus manos se parecen a las mías.

—¿A éstas tan blancas y cuidaditas? ¡Qué más me quisiera yo! —respondió Abigaíl, quitándolas de la falda de Rita.

—Las tuyas tienen hoyitos y las mías también; muéstralas. Orión gruñó.

—¡Abigaíl! —llamó el hombre cuya voz se había oído en la sala hacia poco.

—Es Camilo, dijo Rita.

Orión había huído a la huerta. En la puerta se paró un mulato claro, mancebo como de dieciocho años, y de notable belleza y apostura. Llevaba los calzones arremangados hasta la rodilla, doblado sobre el hombro un poncho de colores, y empuñaba en la derecha un bordón que servía de asta a una lanza teñida de sangre. Señalando la guagua muerta que acababa de botar sobre el pavimento del corredor, dijo con ufanía:

—Ahí está tu encargo; —y al descubrir a Rita, añadió alegremente:

—¡Ah! ¿usted estaba por aquí, mi señora?

—Buenas tardes, Camilo —respondió la niña: hace rato que vine.

—¡Ajá! —exclamó Abigaíl, saliendo a ver la pieza. —¡Qué grande!

—Gamboa te la manda; y si no hubiera sido por la perrita negra del Tuno, con esa lanzada que le dí se nos había vuelto a ir, porque ya estaba muy rejuggedada. Como vara y media tenía la culebrota que estaba en la cueva; y si Calixto que la vio no me hubiera dado un jalón cuando iba yo a meter el brazo, ni para contar el cuento me deja.

—¡Jesús! ¡qué animal tan feo! —dijo Rita asomándose a la puerta. ¿Dónde lo cogieron? Eso no se comerá.

—Como no; si para eso es —respondió Camilo; y le mandaremos la mitad mañana.

—¿A mí? Ni trincada me la harían probar.

Camilo soltó una risotada.

—¿A mi padrino le gustará?

—¡Vaya! ¿Pues no ha de gustarle? —contestó el mulato—. Si es como carne de pavo: ya verá usted que se chupa los dedos don Lubín.

—Pues mándasela regalar tú para... —dijo Rita a Abigaíl, apretándole la mano que tenía entre las suyas.

—De veras; para el almuerzo estará allá. Y a la señora le llevará manzanas de unas que le traje yo.

—Sí: ya me las dio Abigaíl.

—No: son otras más bonitas.

—Bueno, ¿cómo le fue en Popayán?

—Muy bien.

—¿Sabe que se me murieron los azulejos y se fue el guatín?

—¡Qué trabajo! ¿Y eso cómo?

—Pregúntale a Abigaíl.

—Yo conseguiré otros.

—Los azulejos eran bravísimos, y el guatín... quién sabe qué sería: a mí se me pone que Orión... ¿si se lo comería él? Pero yo quiero los azulejos choclores, porque si no se mueren de tristeza. ¡En la huerta de casa sí que hay ahora!

—Sí, señora, choclores; —respondió Camilo, mostrando al sonreír cariñosamente su brillante dentadura.

—Está bien —dijo Rita—; y dirigiéndose a Abigaíl: —Vamos a la huerta ya. Parándose en el alar, añadió con afabilidad volviéndose a Camilo, que estaba en el mismo sitio:

—¿Conque no se vuelve a ir sin conseguirme los animalitos?

—No, no: desde mañana me pongo a la obra.

Días como aquél fueron los que pasaron demasiado pronto para Abigaíl. Algun tiempo después las visitas de la amable niña a Las Peñas empezaron a hacerse más raras; y la tarde en que estaba Abigaíl mirando hacia el valle bajo los jazmines del huerto, hacía ya un año justo que Rita había visitado por última vez el cortijo.

Es verdad que Abigaíl iba a San Esteban una o dos veces cada semana. Pero ¿cómo no había de llorar recordando las horas que pasó con su hija, contemplándola a solas y estrechándola en sus brazos, casi dichosa, aunque Rita misma no pudiese comprender por qué eran tan dulces y amorosos aquellos labios, ni sospechar que era su madre quien la acariciaba? ¿Cómo soportar, sin que le faltara el ánimo, sin descubrir su secreto, ese martirio de vivir separada de su hija, y de ocultarles a Rita y a todos los que la rodeaban la felicidad que a su lado gozaba en estos instantes? ¿Cómo exigir mudez eterna a ese corazón torturado así? ¿Cómo velar esas miradas que la vendían, esas sonrisas que la denunciaban? ¿Quién tanta resignación y poder tanto dio al alma de esta débil mujer? Su amor de madre.

PALIMPSESTVS. *Guerra, militarismo y violencia*, ha sido editada por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Fue ilustrada con grabados de Goya (1746-1828) de la serie «Los desastres de la guerra» y con los grabados populares del mexicano José Guadalupe Posada (1852-1914). El texto principal compuesto de 232 páginas se armó en caracteres Palatino, las acotaciones, resúmenes y títulos en News Goth. Las letras capitales forman parte de un alfabeto en espejo de Leonardo Da Vinci. Para la carátula se utilizó papel de 280 gramos y para su interior, de 70 gramos y en color *beige*. La dirección editorial, selección de ilustraciones y curaduría general estuvo a cargo de Santiago Mutis, con el cuidado de textos de Ricardo Rodríguez y la diagramación de Isabel Sandoval. La puesta en carátula y acabado final se terminó en Bogotá D.C., en la Ciudad Universitaria, el mes de diciembre del año
2 0 0 3